

Un Reyes para cada quien

Mauricio Molina

Todos tenemos —como sucede con los clásicos— nuestro propio Alfonso Reyes. El mío es el de *La afición de Grecia*, cuya primera edición poseo desde los catorce o quince años y en cuya portada se lee al calce: *Editorial del Colegio Nacional. Calle Luis González Obregón num. 23*. Se trata de un libro pequeño, casi un folleto, que me ha acompañado en diversas etapas de mi vida y al que frecuento cuando me dispongo a viajar rumbo a la literatura de la Grecia antigua.

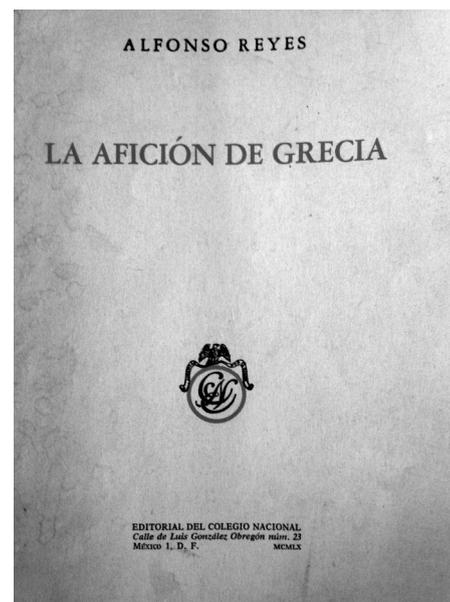
Resulta curioso que Reyes hubiese utilizado la palabra “afición”. En el diccionario de María Moliner leemos que se trata de una variante de “afección, de derivación popular”, y más adelante aclara: “Disposición permanente del ánimo de alguien por la que una cosa, particularmente una actividad, un motivo de interés o un esparcimiento, le gusta”. Así que por un lado tenemos la idea de enfermedad y por otro la de diversión. Una suerte de pasión gustosa o de una obsesión divertida que, como el coleccionismo, los deportes, la comida, nos acompaña siempre, porque también en la afición se encuentra la duración constante, el apego afectivo. Reyes escribe desde una preferencia continua que data de sus años mozos. Ernesto Mejía Sánchez consigna que hay dos apariciones en los *Diarios* de Reyes acerca de este volumen: la primera, en octubre de 1959 y la segunda, el once de diciembre, es decir, dieciséis días antes de su fallecimiento. En realidad, las semillas de este libro datan, según Rogelio Arenas Monreal en su tesis sobre *Ifigenia Cruel* (Colmex, 2010), de 1908, de cuando Reyes contaba con diecinueve años. *La afición de Grecia* es entonces un libro que decanta más de medio siglo de constante frecuentación de Reyes a la cultura helénica.

Si bien algunos de los textos fueron apareciendo separadamente en diversas publicaciones desde 1953, el libro como tal fue pensado unos meses antes de la muerte de Reyes como una serie de conferencias. Se trata quizá del primer libro póstumo que se publicara de nuestro autor apenas tres meses después de su deceso.

Debo admitir que gracias a *La afición de Grecia* de Reyes y a *El origen de la tragedia* de Nietzsche, yo me convertí también en un aficionado a la Grecia antigua. En la “Reseña de las sirenas” nos enteramos de que éstas son seres alados, mujeres pájaro y no las serpientes y peces femeninos que provienen de las sagas y otras mujeres acuáticas de la tradición indoeuropea que impregnaron la imaginación medieval, sino se trata de una invención propia de un pueblo genial al que Marx llamara la infancia de la cultura occidental. Colón mismo, en los diarios de sus viajes, cayó en aquel error al confundir a los manatíes con las sirenas. En este ensayo magnífico, Reyes nos conduce por un viaje libresco en busca de las fuentes de las mujeres acuáticas y las mujeres aéreas.

“La insolencia Jonia” es un hermoso ejemplo de la actualidad del pensamiento griego que exalta la idea del filósofo como un hombre de acción que actúa sobre la naturaleza y contiene un párrafo memorable donde Grecia se deslinda definitivamente de las supercherías religiosas del medio oriente a favor de la razón:

“El mercenario griego graba con el cuchillo el nombre de su querida en los pies del ídolo africano, que no le inspira ningún respeto; llama ‘pasteles’ a las pirámides, gorriónes a los ibis sagrados y suelta la risa si los misteriosos sacerdotes egipcios le aseguran que el Nilo baja del cielo. La insolencia jonia es el arranque del pensamiento científico”.



El opúsculo dedicado a *La Odisea* se entromete en la posible autoría de una mujer del poema homérico. Durante un par de siglos se ha discutido esto. Reyes comenta con la tesis de Samuel Butler, quien habría de influir en D. H. Lawrence y señaladamente en la novela *La hija de Homero* de Robert Graves. Esta polémica recuerda otras más antiguas y retomadas actualmente, como la autoría de la obra de Shakespeare o con ciertos estudiosos de la Biblia, como Harold Bloom y David Rosenberg, quienes postulan en *The book of J*, la posibilidad de que hubiese sido una mujer quien escribiera algunos fragmentos de la Biblia.

Tanto el capítulo inicial como el final están dedicados a *La Ilíada* y destaca sobre todo la capacidad de síntesis de Reyes. Pocos autores se atreverían a resumir el poema homérico, al tiempo de discutir sus peculiaridades técnicas en unas cuantas páginas y salir victoriosos de la empresa.

Basta con leer *La afición de Grecia* para darnos cuenta de la grandeza de Alfonso Reyes, *il miglior fabro* de la prosa mexicana del siglo XX. **U**